

La migración mexicana a Estados Unidos
Estructuración de una selectividad histórica

Gustavo Verduzco
El Colegio de México

La década de los ochenta marcó un cambio en los patrones de inmigración hacia los Estados Unidos ya que, por un lado, se transformó la composición técnica mayoritaria del flujo y, por el otro, se incrementaron drásticamente tanto el volumen, como la modalidad de los flujos de indocumentados. Mientras en la década del 50-59 la mayor parte del flujo de inmigrantes procedía todavía de Europa y 39 por ciento de América (con un tercio de Canadá), y apenas el seis por ciento de Asia, para los años ochenta la composición de los inmigrantes era de sólo diez por ciento de Europa, 37 por ciento de Asia y 49 por ciento de América (la mayor parte de México, Centroamérica y el Caribe).¹

Por lo que respecta al flujo de indocumentados, las aprehensiones en los puntos fronterizos pasaron de un poco más de 0.5 millones en 1951, a una cifra pico de 1.7 en 1986.²

Además, según el censo de población de 1990, del total de 248.7 millones de habitantes en Estados Unidos, nueve por ciento eran de origen hispano, con 5:4 por ciento de origen mexicano y 4.3 millones (1.7%) habían nacida en México.

Esta invasión silenciosa ha causado seria preocupación en el gobierno estadounidense no sólo por la sensación de una pérdida de control en las fronteras, sino además por las múltiples reacciones de la sociedad huésped que percibe esta masiva llegada de extranjeros como una amenaza laboral y cultural. También, y no pocas veces, estas respuestas de algunos sectores de la sociedad norteamericana han mostrado fuertes tintes racistas, situación que ha dado pie

para aumentar las fricciones entre los dos gobiernos en paralelo a las negociaciones, aparentemente paradójicas, en cuanto a integrar un tratado comercial sumamente amplio, el cual se logró aprobar en noviembre de 1994.

Para tratar de entender el significado de la migración mexicana a los Estados Unidos, no debemos olvidar que se trata de dos países que comparten una muy larga frontera y que México tenía otro tanto de su territorio en lo que ahora son los estados de California, Utah, Colorado, Arizona, Nuevo México y Texas. Es decir, a partir de la invasión estadounidense a México en 1846-47, una parte del país empezó a ser territorio de los Estados Unidos. Además, no sólo la población de origen mexicano de esas zonas sino sólo mexicanos que han llegado a lo largo de los años, han sido protagonistas en los principales acontecimientos del desarrollo del suroeste norteamericano.³

Las circunstancias del escenario anterior seguramente han influido en la conformación de un proceso histórico binacional que ha hecho que las migraciones se desarrollen con determinadas particularidades.

La dinámica migratoria de México a los Estados Unidos sólo puede ser cabalmente entendida si conocemos aquellos acontecimientos del proceso histórico que han sido particularmente importantes en la conformación de los flujos migratorios. Por ello, a continuación expondré primero los rasgos principales de esos sucesos, para luego pasar a reseñar información variada que nos permita contextualizar los datos relativos a las migraciones en el marco de las etapas del

¹ Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service, 1992, pp.27-26.

² *Ibidem*, aunque el número de aprehensiones no tiene una relación directa con el número de indocumentados que intentan cruzar, sí nos da una idea de cómo crece la magnitud del fenómeno.

³ La historiografía mexicana, recuperada por historiadores de origen mexicano en los Estados Unidos, es muy amplia.

desarrollo económico y sociodemográfico por las que ha pasado el país en lo que va de este siglo. De esta manera, contaremos con aquellos elementos que nos permitirán profundizar en los factores explicativos de las migraciones.

El proceso histórico

El periodo de la anexión de los territorios del norte

Después de la anexión de California y otros estados a la federación estadounidense, se calcula que aproximadamente 25 por ciento de la población mexicana residente en aquellos lugares pasó a vivir a territorio mexicano «a fin de poder habitar en un ambiente más hospitalario».⁴ Sin duda alguna, estos primeros movimientos de población del exterritorio mexicano al norte del país fueron la ocasión para que se iniciara una primera red de contactos entre los mexicanos que se quedaron en Estados Unidos y aquellos que se «repatriaron» a su nueva tierra en México. Desafortunadamente, no existen cifras que nos puedan dar indicios sobre el volumen o la intensidad de esos contactos, ya que los Ingresos por tierra a la Unión Americana no fueron registrados sino hasta el año de 1908 y sólo se cuenta con información suelta de periódicos y documentos de archivos.

De finales del siglo XIX a los años de la Gran Depresión

Ya desde finales del siglo XIX, los enganchadores estadounidenses viajaban al centro y occidente de México, con el fin de reclutar trabajadores para las labores de construcción de los ferrocarriles, así como para las necesidades de la industria que se iniciaba en la región de Chicago y sus alrededores. Para 1909, por ejemplo, los mexicanos constituían 17 por ciento de la fuerza

laboral dedicada al mantenimiento de las nueve, líneas ferroviarias más importantes,⁵ y diez por ciento de las cuadrillas de trabajadores en los estados del suroeste.⁶ Para 1916, los mexicanos habían pasado a formar un componente relativamente importante de la fuerza de trabajo en varias de las ciudades industriales del norte de Estados Unidos, aunque la concentración de mexicanos seguía siendo mayoritaria en el suroeste.⁷

Es necesario destacar que, a pesar de las malas condiciones económicas que imperaban en México (la mayoría de la población de aquella época se concentraba en la agricultura con 72% de la PEA), junto con las pésimas condiciones laborales que prevalecían en el llamado Porfiriato, no se dieron flujos masivos de población, a pesar de la demanda existente que se expresaba con frecuencia por la presencia de los enganchadores. Probablemente influyen diversos factores: analfabetismo generalizado, situaciones de pobreza extrema extendida entre la mayor parte de la población, relativa escasez de comunicaciones y, con mayor fundamento, la existencia de una amplia cultura campesina comunitaria que arraigaba fuertemente a sus integrantes en sus propias comunidades.

Asimismo, debemos de considerar que después de 1882, cuando Estados Unidos prohibió la importación de mano de obra procedente de China los cultivadores californianos ensayaron sin éxito la posibilidad de llevar trabajadores mexicanos.⁸ Ésta es otra muestra de que, probablemente por las razones mencionadas más arriba, todavía no se daban en México las condiciones suficientes para iniciar el éxodo al Norte.

Entre 1911 y 1921, México tuvo una pérdida demográfica de 2.7 millones de personas debido al conflicto armado revolucionario frente a una población esperada de 17 millones, es decir, el faltante alcanzarla a 16 por ciento de la población. Se estima que 49 por ciento se debió a la mortalidad por la guerra, 38 por ciento a los que dejaron de nacer, ocho por ciento a la emigración a Estados Unidos y cinco por ciento a la emigración a otros países, principalmente a Cuba y

⁴ Griswold del Castillo, 1979: 119-124. 5 Reisler, 1976: 18.

⁵ Reisler, 1976: 18.

⁶ Cardoso, 1980: 27.

⁷ Camio, 1930 y Taylor, 1932.

⁸ Galarza, 1964.

a Guatemala.⁹ Sin embargo, además del inicio del conflicto armado en México, también influyó, como factor de atracción en Estados Unidos, la naciente demanda de trabajadores agrícolas, debido al involucramiento de ese país en la Primera Guerra Mundial, así como al fin de la importación de mano de obra japonesa a partir de 1907 y después la de otros lugares de Asia en 1917.¹⁰ Entre 1911 y 1920, ingresaron oficialmente al vecino país del norte 219 004 mexicanos como inmigrantes, o sea, 441 por ciento más que en la década anterior.¹¹ Además, debemos considerar a aquellos trabajadores que fueron reclutados específicamente para los trabajos agrícolas, en particular en California, debido a la escasez de trabajadores nativos por la guerra, muchos de los cuales regresaron a México y no quedaron registrados como inmigrantes. Aunque de éstos no existen cifras claras, se estima que fue un contingente importante y que muchos de ellos estuvieron temporalmente en el país del norte y luego volvieron a su tierra.¹²

Para 1921, debido a una nueva legislación en Estados Unidos que restringió fuertemente la inmigración europea (Hoffman, 1974), esta circunstancia favoreció, una vez más, el uso de la cercana mano de obra mexicana. Encontramos así que entre 1921 y 1930, la inmigración mexicana aumentó a 459 287 personas, o sea, el doble de la década anterior. El número de mexicanos aceptados sólo fue superado por el de los canadienses y casi fue igual, aunque superior, al de alemanes e italianos.¹³

Los años veinte fueron tiempos muy aciagos para México no sólo por los efectos de la gran pérdida demográfica ya mencionada, sino principalmente por la crítica situación económica posterior a la guerra interna, ya que gran parte de los negocios agropecuarios se

encontraban arruinados y las reservas de capital se habían agotado, aparte de que las condiciones del orden civil todavía no habían vuelto a la normalidad. En este sentido, por ejemplo, entre 1920 y 1930, tuvo lugar en los estados del centro occidente de México la llamada Guerra Cristera, que también tuvo sus efectos expulsivos del campo a las ciudades y hacia los Estados Unidos.¹⁴

Aunque no se cuenta con información confiable para esa época, existen datos sueltos que indican que probablemente una proporción importante de los flujos migratorios de esos años estuvo compuesta por personas de los sectores medios, tanto urbanos como rurales.¹⁵

Queda claro, entonces, que desde los años ochenta del siglo XIX, Estados Unidos estuvo buscando repetidamente la incorporación de trabajadores mexicanos a diversos sectores de la producción. Sin embargo, estos intentos empezaron a rendir frutos de una manera más decisiva sólo cuando a la demanda estadounidense se le unieron circunstancias en México que facilitaron la movilización, como fueron el conflicto armado que asolaba el territorio mexicano y, más adelante, las secuelas que dejó ese conflicto durante los años veinte.

En Estados Unidos se dieron políticas específicas, en parte a través de la legislación, que a la par que cerraban la posibilidad del acceso a un grupo nacional determinado, como fue primero con China y luego con Japón y el resto de Asia, para más tarde restringir parcialmente la entrada a los europeos, le abrían la puerta a sus vecinos mexicanos, asegurando de esta manera los requerimientos laborales de un sector de su economía. Otra característica de estos años es que para los Estados Unidos la migración de mexicanos fue siempre considerada una migración laboral con carac-

⁹ Ordorica M., y José Luis Lezama, «Consecuencias demográficas de la Revolución Mexicana» en El Poblamiento de México, vol. IV, pp.3852. Aunque los autores atribuyen toda la cifra de 13 por ciento de la emigración a las salidas a Estados Unidos, es probable que sólo le corresponda el ocho por ciento.

¹⁰ Keely, 1979.

¹¹ Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service, 1992, pp. 27-28.

¹² Se estima que entre 1900 y 1930 el flujo bruto anual de mexicanos entre los dos países era de entre 60 000 a 100 000 por año, cifras que frente a los inmigrantes reportados en Estados Unidos implican un flujo de retorno a México de entre 42 000 Y 70 000 por año (García Griego, 1983, basado en cálculos especulativos realizados por Clark y McCutchen).

¹³ Este enorme saldo de inmigrantes se dio a pesar de la recesión económica que tuvo lugar entre 1921-23 y durante la cual fueron repatriados aproximadamente 100 000 mexicanos, o el equivalente de 1/5 parte de la población nacida en México que residía en los Estados Unidos (García Griego, 1983, p.50).

¹⁴ Taylor, 1932.

¹⁵ Verduzco, 1992.

terísticas de temporalidad o estacionalidad (García y Griego, op.cit.).

Los años de la Gran Depresión

Las cifras de inmigración de la década 1931-40, dejan ver los efectos de la crisis económica sobre la llegada general de trabajadores al territorio de los Estados Unidos. Entre 1921 y 1930 habían migrado a ese país 4.1 millones de personas de todas las nacionalidades, mientras que para la década siguiente el contingente bajó a sólo 0.52 millones, de los cuales 65 por ciento fueron europeos. Los inmigrantes mexicanos bajaron de 459 mil en la década de 1921-30, a sólo 22 mil entre 1931-40, o sea, tan sólo inmigró cuatro por ciento con respecto al contingente anterior. Sin embargo, más que la baja en la inmigración, la Gran Depresión empujó al gobierno estadounidense a la repatriación de 345 000 mexicanos entre 1929 y 1932, de acuerdo a las estadísticas del gobierno mexicano (García y Griego, op.cit.), número que equivale a 47 por ciento de todos los mexicanos que habían inmigrado entre 1901 y 1930. De esta manera, el contingente de personas nacidas en México pero residentes en Estados Unidos bajó notablemente como efecto de tales políticas.

Finalmente, las experiencias que se habían tenido en Estados Unidos durante las primeras décadas de este siglo con respecto a los mexicanos, considerados más como trabajadores que como inmigrantes, condicionó el futuro de la relación bilateral y dio pie al inicio del llamado Contrato Bracero (García y Griego, op.cit.)

En 1942 se firmó un acuerdo entre los gobiernos de México y de Estados Unidos para establecer la contratación legal de trabajadores mexicanos, principalmente para las actividades agrícolas, debido, sobre todo, a la escasez de trabajadores norteamericanos como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.¹⁶

En el año inicial se empezó con la contratación de 4 203 trabajadores, pero para 1951 el número se había elevado a 192 000. Y para 1956 alcanzó la cifra pico de 445 000, para terminar, en 1964, con 177 000. En total, se contrataron aproximadamente 4.6 millones de trabajadores, o el equivalente a 209 mil por año, según cifras de las autoridades estadounidenses.¹⁷

Al paso de los años, sin embargo, fue quedando claro que esta modalidad contractual no disminuía el flujo de los trabajadores migrantes indocumentados, situación que a la larga fue causando inquietud y desazón tanto entre las autoridades, como entre el público en general debido a la inseguridad del control fronterizo. Si tomamos el número de aprehensiones como un indicador del incremento del fenómeno, tenemos que de haberse presentado seis mil aprehensiones en el año de 1941, éstas ascendieron a 29 mil en 1944, a 293 mil en 1948 y hasta 885 mil en 1954.¹⁸

En la práctica, fue sucediendo que la migración indocumentada permitía a los empresarios agrícolas contar con reservas más amplias y apropiadas de una fuerza laboral temporal que podía desecharse sin problemas contractuales en el momento en que dejara de ser necesaria.¹⁹ Esta circunstancia explica también porqué a lo largo de los años hubo repetidas acciones de

¹⁶ En cuanto al término escasez de trabajadores, el economista Lloyd Fisher (1953) notaba que se trataba de una escasez relativa, ya que la situación de guerra hizo subir el costo de la mano de obra, aunque permanecía por debajo de la industrial. En este sentido, la importación de trabajadores mexicanos tuvo por finalidad mantener bajo el costo de la mano de obra.

¹⁷ U. S. Department of Labor, Congressional Quarterly, Congress and the Nation, 1945-1964, Washington D. C. Citado por García y Griego, op. Cit.

¹⁸ Galarza, 1964, p.59.

¹⁹ Fisher, op.cit, explica además cómo por las características de la agricultura californiana, la mano de obra mexicana no contractual y temporal era la que mejor se adaptaba a las necesidades de esa agricultura. Por otra parte, los cultivadores californianos habían ensayado sin éxito la inserción de trabajadores de otras naciones como fue el caso de chinos, japoneses, indostanos y filipinos.

complacencia por parte de las autoridades estadounidenses para no cumplir cabalmente con los términos de la ley.²⁰ Finalmente, después de fricciones entre los dos gobiernos y de campañas policiales como la Operation Wetback de 1954, el Contrato Bracero se dio por terminado en el año de 1964.²¹

Sin embargo, un programa de esa magnitud, que tuvo además una duración de 22 años y que trajo aparejada una situación de indocumentación para altas proporciones de la fuerza de trabajo, tuvo que tener un fuerte impacto en ambas sociedades, la de origen y la de destino. Asimismo, no hay que olvidar que ese proceso de migración laboral se estableció sobre la base de mecanismos y costumbres que, de hecho, se habían ido estructurando durante las primeras tres décadas del siglo.

Los patrones migratorios hasta los años setenta

Para los años sesenta la experiencia de migración laboral era un fenómeno muy familiar en México, particularmente en las zonas rurales de los estados del occidente y del norte del país. La literatura antropológica, así como innumerables reportes de investigación de las diversas disciplinas sociales, dan cuenta del involucramiento, casi generalizado, de una fuerza de trabajo rural en México que en los inicios de su vida adulta participó, al menos una vez, en alguna experiencia laboral en los Estados Unidos, ya fuera a través del Contrato Bracero o como indocumentado.²²

Este es un dato que hay que resaltar: fue un hecho generalizado para aquellos grupos de edad rurales que fueron entrando a la vida adulta (20 a 30 años de edad) entre 1945 y 1965 en varios de los estados del occidente y del norte. Sin embargo, cabe notar que, en sentido estricto, estas personas no fueron «migrantes laborales profesionales», sino individuos que en su mayoría tuvieron una participación eventual y aislada

(muchas veces única) en el mercado laboral estadounidense. De todas maneras, esta experiencia común en zonas rurales de algunas regiones del país, afianzó los patrones de migración que seguirían en el futuro. Finalmente, a lo largo de tantos años de migración, el número de mexicanos residentes en los Estados Unidos se fue incrementando, prueba clara de que aparte de los que iban y venían, algunos se establecían allá.

Entre 1900 y 1970, la población de origen hispano (mayormente mexicano) pasó de 0.9 por ciento del total de los habitantes de Estados Unidos, a cinco por ciento.²³ Obviamente, parte de este cambio se debe al crecimiento natural, aunque, como veremos a continuación, ha sido más bien obra de los flujos intermitentes, aunque variables, de inmigración.

Así tenemos que, a pesar de que el número de mexicanos inmigrados a los Estados Unidos en las décadas de 1930 y 1940 fue muy bajo, entre 1951 y 1960, los mexicanos pasaron al doce por ciento del total de los inmigrantes (299 mil), y para la siguiente década el contingente aumentó hasta 453 mil.

Por lo que respecta a la migración laboral desde México, para los años setenta ésta presentaba las siguientes características como producto de un largo proceso de estructuración:

- 1) Los migrantes, es decir, aquellos que habían participado una vez o más en la experiencia laboral en los Estados Unidos, no procedían de todos los estados del país y ni siquiera de aquellos más cercanos al territorio estadounidense; tampoco eran originarios de las entidades más pobres. Con algunas pequeñas variaciones, entre cinco y siete estados daban cuenta de cerca de 80 por ciento de los flujos migratorios. Además, incluso en aquellas entidades que enviaban más migrantes, éstos sólo procedían de algunas regiones dentro de cada una de ellas.

²⁰ Existe una fuente muy amplia de información sobre este aspecto de «incumplimiento de la ley» o de «negligencias voluntarias» en el reforzamiento de la ley por parte de la Patrulla Fronteriza y de otras autoridades involucradas a fin de que, principalmente los cultivadores, pudieran recibir la fuerza laboral necesaria para las cosechas.

²¹ Para una interpretación de estos acontecimientos se puede consultar Galarza, Op.Cit y García y Griego, op.cit.

²² Están por un lado las investigaciones del llamado Proyecto Tarasco que impulsó a muchos investigadores estadounidenses al estudio de comunidades de esa región del occidente mexicano. Sobresalen, Foster, Beais y Friedrichz. Años más tarde se publicó gran cantidad de trabajos a través del INI, la UNAM; el CIS-INAH, El Colegio de Michoacán, el Center for U.S. -Mexican Studies de la Jolla, entre otros.

²³ Fix M. And J. Passel, 1994, p.27

Expresado en otras palabras, el proceso de migración laboral se habla estructurado a partir de una selectividad geográfica que aparentemente no tenía que ver ni con condiciones de pobreza extrema ni con circunstancias de cercanía fronteriza.

- 2) La mayoría de los migrantes procedía de las zonas rural.
- 3) La mayoría eran hombres solteros jóvenes,
- 4) La mayoría tenía empleo en México, principalmente en la agricultura.
- 5) El promedio de escolaridad era bajo, aunque ligeramente más alto que el prevaleciente en las comunidades de origen.
- 6) Para la mayoría de quienes habían ido al menos una vez a trabajar al vecino país del norte, su inserción laboral en aquel mercado era temporal y esporádica, es decir, habían hecho pocos viajes laborales a lo largo de su vida y en cada viaje permanecían solamente algunos meses.
- 7) La mayor parte de los lugares de destino de los migrantes temporales mexicanos se concentraba en dos estados de la Unión Americana, California y Texas, aunque habla también contingentes importantes en Illinois y los estados del noroeste.
- 8) El número de mexicanos indocumentados que trabajaban temporalmente en Estados Unidos se calculaba, en esos años, entre 0.48 y 1.22 millones.²⁴

Los cambios en las leyes de inmigración en Estados Unidos y las modificaciones del patrón migratorio en los años ochenta

Aunque de manera inicial en los años setenta, pero luego ya decididamente durante los ochenta, se dio un cambio importante en los patrones migratorios como efecto de dos influencias: una, las políticas migratorias seguidas por Estados Unidos, y, otra, los avatares del desarrollo económico de México, como se ver también en otra sección de este mismo trabajo.

En 1965, con la Enmienda al Acta de Inmigración de Nacionalidad de 1952, se dieron cambios importantes en las políticas migratorias de EUA al abolir las cuotas de inmigración por países, las cuales habían prevalecido hasta los años veinte. Además, se abrió la inmigración procedente del Pacífico y se le dio prioridad a la reunificación familiar como base para permitir la inmigración legal.²⁵ Unos años más tarde, en 1980, se modificó también la ley de refugiados, permitiendo una mayor cobertura al ampliar la definición de refugiado.²⁶

A partir de los años sesenta, las cifras de inmigración aumentaron notablemente en comparación con las décadas pasadas, ya que el número de inmigrantes de todas las nacionalidades, entre 1961 a 1980, fue de 7.8 millones, o el equivalente a 221 por ciento de aumento en relación con el número de inmigrantes entre 1941 y 1960.

La proporción de mexicanos inmigrantes entre 1961 y 1980 fue de 14 por ciento, mientras que en los años 1941 -60 habla sido solamente del diez por ciento. Sin embargo, como se destaca más arriba, el aumento global de inmigrantes entre un periodo y otro habla sido enorme.

El número de inmigrantes a Estados Unidos entre 1981 y 1990 (sin considerar la legalización de IRCA) ha sido el mayor de los últimos 60 años, ya que desde la década de 1911 -20 no se registraba una cifra igual.²⁷

²⁴ Bustamante, 1979; Cornelius, W., 1978; Jones, R., 1982; Reichert, J. and D. Massey, 1979; Tamayo, J. y F. Lozano, 1991.

²⁵ Con la enmienda de 1976 en que se amplió el sistema de preferencias al hemisferio occidental, la inmigración global a los Estados Unidos aumentó en esos años 35 por ciento en relación con la década anterior, pero en términos relativos esa enmienda impacto muy poco el volumen de los inmigrantes mexicanos, según se desprende de las cifras de INS. (Statistical Yearbook, 1992).

²⁶ Bean, F. et al., 1990.

²⁷ En 1901-10 el número de inmigrantes llegó de 8.7 millones y en 1981-90 fue de .3, pero los legalizados como inmigrantes a través de IRCA fueron solamente 22 por ciento de esta última cifra. (Statistical Yearbook of the INS, 1992).

Asimismo, la composición étnica del flujo de inmigrantes fue cambiando a países de Asia y de Iberoamérica y el Caribe, con México como el principal del grupo americano.

En Estados Unidos existía, además, una preocupación especial por el tema de la migración indocumentada ya que, al dejar de existir el Contrato Bracero, las necesidades de la agricultura se satisfacían fundamentalmente con este tipo de mano de obra, aparte de que, durante los primeros años de los ochenta, los inmigrantes indocumentados de otros países también aumentaron de manera considerable.

Aunque se especuló mucho sobre el número de indocumentados que habla en Estados Unidos al inicio de los ochenta, las cifras mejor apoyadas calculaban alrededor de dos millones de personas (Passel, J. y K. Woodrow, 1984, en García y Griego y Vereas, 1988), número suficiente para que, aumentado con el amarillismo de los medios de comunicación, llegara a causar gran inquietud tanto entre políticos, como entre el público en general, sobre todo si consideramos que una alta proporción estaría concentrada en zonas muy circunscritas del suroeste del país.²⁸

Estos hechos llevaron, finalmente, a tomar varias medidas de política migratoria para lograr más adelante la aprobación de una nueva ley de reforma a la inmigración, mejor conocida como IRCA (Immigration Reform and Control Act),²⁹ cuyo objetivo principal era la legalización de la población extranjera que se encontraba indocumentada hasta el año de 1982. También proveía, bajo ciertas condiciones, la legalización de un tipo especial de trabajador temporal para la agricultura, denominado Special Agricultural Worker (SAW). Además, para asegurar el cumplimiento de la ley, se propuso un reglamento con sanciones para aquellos empleadores que contrataran indocumentados, así como un presupuesto especial a la Patrulla Fronteriza para intensificar las labores de detención de inmigrantes no documentados en la frontera. De esta manera, se esperaba no sólo poder legalizar a indocumentados,

sino frenar su ingreso al país. La ley fue aprobada en noviembre de 1986 y el programa de legalización comenzó en mayo de 1987.

Hasta febrero de 1991, habían solicitado un poco más de tres millones de personas, y se habían aceptado 1.8 millones bajo los acuerdos de la amnistía general, y 1.2 a través de la cobertura del programa para la agricultura.³⁰ Es claro que a través de este mecanismo legal se logró el objetivo de legalizar al menos una parte de la población indocumentada que había llegado hasta 1982.

En cuanto a las sanciones a empleadores, se trató de una provisión que en realidad nunca llegó a aplicarse de manera sistemática, además de que en el sector agrícola los empleadores le dieron la vuelta a la ley al utilizar los servicios de contratistas y así no tener ellos que tratar directamente con los trabajadores.³¹ Por otro lado, en el sector urbano, la circunstancia de tener documentos o no se revirtió a los trabajadores mismos (en vez de a los empleadores como sugería la ley), y se transformó en un problema de forma ya que lo importante pasó a ser el tener documentos que aparentaran ser auténticos aunque no lo fueran.³²

Las ofertas de legalización para la población indocumentada provocó también que muchos trabajadores mexicanos, que generalmente migraban por temporadas a los Estados Unidos, decidieran aprovechar las ventajas de la legalización y quedarse de manera definitiva en el país, con lo que, sin proponérselo, la ley cambió, al menos en parte, un flujo temporal para convertirlo en permanente (Cornelius, 1990).

A ocho años de aprobada la IRCA, la inmigración indocumentada no se ha detenido, además de que tampoco se legalizó toda la que podía haberlo hecho. Para 1992, Roberto Warren, del U. S. Bureau of the Census, calculaba, con base en una metodología suficientemente sólida, que todavía existían 3.3 millones de indocumentados residentes en el país, de los cuales 1.3 (39%) eran mexicanos y 51 por ciento del resto de América, principalmente del Caribe y de Centroamérica. A esta

²⁸ Bean, F. et al., 1990.

²⁹ Este programa de legalización fue uno de los productos de un largo debate que comenzó a inicio de los años setenta y que después de varias propuestas y enmiendas fue aprobado en 1986.

³⁰ Los cálculos previos a la IRCA preveían cerca de 400 000 trabajadores para surtir de manera adecuada las necesidades laborales agrícolas, sin embargo, se aceptó un número claramente más alto a instancias de las presiones de los cultivadores, principalmente de California.

³¹ The Effects of Immigration On the U.S. Economy and Labor Market, U.S. Department of Labor, 1989. 32 Impact of IRCA on the U.S. Labor Market and Economy, U.S. Department of Labor, 1991.

³² Impact of IRCA on the U. S. Labor Market and Economy, U. S. Department of Labor, 1991.

cifra habría que año añadir, además, un número desconocido de indocumentados temporales (no residentes) que no están considerados en el cálculo de Warren.

La información anterior deja ver claramente que a pesar de la legalización, junto con las supuestas sanciones a empleadores y el refuerzo a la Patrulla Fronteriza, la migración indocumentada ha seguido su curso, inclusive con volúmenes mayores al de épocas anteriores, aunque no por causa de la IRCA, pero sí a pesar de la misma y como muestra de la continuidad de las circunstancias de oferta y demanda.³³

Por otra parte, pareciera que algunas características de los migrantes mexicanos se han ido modificando, al menos con relación al perfil que era común en otros tiempos: en primer lugar, el volumen global aumentó considerablemente; se incrementó ligeramente la proporción de mujeres; el nivel de escolaridad es también ahora mayor que antes, y la composición del flujo, según el lugar de residencia en México, también ha variado en cuanto a que ahora existe aparentemente, una mayor presencia de fronterizos, así como una mayor dispersión de los lugares de origen en México; asimismo, parecería que ha bajado la proporción de migrantes que declaran como ocupación principal la agricultura (Corona, 1994).

Recordemos, por lo dicho en otras páginas, que durante los años setenta se calculaba que la población mexicana (nacida en México), residente en Estados Unidos, era de cerca de dos millones de personas, mientras que según los datos del censo estadounidenses 1990, esta misma población aumentó a 4.3 millones, es decir a más del doble. Además, es necesario considerar a la población mexicana no residente que trabaja temporalmente en Estados Unidos. Por otro lado, al menos en teoría, aquellos trabajadores legalizados bajo el Special Agricultural Worker Program, no son residentes, y en ese caso elevarían el número de mexicanos a 5.2 millones, aunque no tenemos forma de saber si se declararon residentes o no. De todas formas, tendríamos que considerar a los trabajadores temporales indocumentados para tener una idea más exacta del número.³⁴

Las informaciones anteriores nos dan una idea suficientemente clara del impacto migratorio de la dé-

cada pasada tanto a causa de las políticas migratorias estadounidenses que empezaron a modificar el flujo desde los años setenta, como por la continuidad de los factores de oferta y demanda en los dos países.

En México, este patrón de envío de trabajadores a Estados Unidos se vio reforzado todavía más durante la década pasada, ya que al aumentar su volumen este patrón se hizo notoriamente masivo, facilitando así un mayor intercambio de experiencias, informaciones y conocimientos acerca del norte (Cornelius, op.cit.).

Con relación al punto anterior, existen trabajos que han señalado con acierto cómo el fenómeno migratorio es parte de un proceso social que envuelve a los individuos y a sus familias en una dinámica específica dentro del marco de sus comunidades (Mines, 1981; Dinerman, 1982; Massey et al. 1987). Se trata de procesos que se han ido estructurando durante años de tal manera que se han reforzado todavía más frente a las circunstancias de una crisis económica generalizada como la que se ha vivido en México durante los últimos doce años.

En la sección que sigue vamos a examinar información económica y sociodemográfica de varios periodos de este siglo con el propósito de entender cómo se han combinado estos factores con los diversos procesos migratorios que se han dado. Ha sido común relacionar los bajos niveles de ingreso de un país, y otras circunstancias económicas, junto con el crecimiento demográfico acelerado, con situaciones que dan lugar a los procesos migratorios al conformarse así las «presiones para emigrar». Por ello, ser interesante saber cómo se han comportado estas variables en el caso de México.

La migración a Estados Unidos en el contexto de la dinámica económica y sociodemográfica

En términos generales, podemos afirmar que los primeros impulsos decididos para orientar al país por el camino de la modernización, empezaron durante el Porfiriato. Sin embargo, este desarrollo se vio parcialmente obstaculizado durante los años del conflicto ar-

³³Asimismo, esta visión se apoya con información procedente tanto de las comunidades de origen como de los lugares del cruce fronterizo (Cornelius, W., 1990; Corona, R. 1994). Pero ya desde finales de los años setenta empezaba a tenerse la percepción de que la migración a Estados Unidos se estaba volviendo masiva.

³⁴ Las cifras del censo se refieren a Población en general de todas las edades y no sólo a trabajadores.

mando revolucionario de 1911 y que culminarla alrededor de 1920.

De todas maneras, a pesar de que la revolución produjo una baja demográfica, cuyo volumen se mencionó en otras páginas, el PIB *per capita* de finales del Porfiriato no tuvo una baja demasiado fuerte durante el periodo del conflicto armado.³⁵

Por otro lado, la situación bélica interna, tuvo, sin embargo, una consecuencia que fue positiva para procesos posteriores; al tener que huir los capitalistas a las ciudades, se ayudó a la concentración relativa de capitales en los centros urbanos, situación que, durante los años veinte, empujarla todavía más el incipiente proceso industrial que se habla iniciado a partir del Porfiriato.³⁶ y más adelante, en los años treinta, el reparto agrario cardenista, impulsó todavía más la concentración de capitales a las ciudades al confiscar tierras a los grandes capitalistas agrarios (Verduzco.1992).

Hasta cierto punto, el proceso anterior explica que se haya dado una fuerte acumulación de capital durante los años treinta y que, por tal motivo, la industria avanzara vigorosamente, sustituyendo importaciones con producción interna hasta el punto de que ese proceso estaba ya bastante cercano a completarse al inicio de la Segunda Guerra Mundial, en sentido contrario a la Credencial usual.

Los datos de los cuadros 1 y 2 nos permiten tener una idea de lo que iba pasando en la economía del país en los diferentes periodos.

Cuadro 1. Tasas medias de incremento anual del PIB (a pesos de 1950)

Periodo PIB	Cambio (%)
1895-1910	4.0
1921-1935	3.4- 15.0
1936-1945	5.4 + 59.0
1946-1956	6.1 + 13.0
1957-1967	6.2 + 1.6

Fuente: Salís, L., 1970, p.111

³⁵ El PNB *per capita* (calculado a pesos constantes de 1960), era de \$1 846 pesos entre 1895-1910, y para la década 1921-29 habla subido en 29 por ciento.

³⁶ Algunos autores sugieren que entre el Porfiriato y los años veinte se dio una mayor continuidad del proceso industrial que lo que comúnmente se piensa.

³⁷ /*ibidem*. En 1930 morra uno de cada cuatro niños antes de cumplir el año de edad; en 1970 se daban 66 defunciones por mil nacidos vivos. las muertes por enfermedades infecciosas bajaron en esos años de 43 al 23 por ciento.

Cuadro 2. Producto interno bruto *per capita* la pesos de 1960)

Periodo \$	Incremento (%)
1895-1910	1 846
1921-1929	2 388 + 29
1930-1939	2 144 -- 10
1940-1949	2 721 + 27
1950-1959	3 563 + 31
1960-1969	4 336 + 22
1970-1979	6 371 + 47

Fuente: Cárdenas op. cit.192.

Puede observarse que durante los años 1921-35, el PNB bajó con respecto a lo que habla sido en los últimos lustros del Porfiriato. En parte ahí están reflejados tanto los efectos de la Revolución, como los de la Gran Depresión. Sin embargo, en la década siguiente se dio un crecimiento asombroso para continuar subiendo, aunque a un ritmo menor, hacia 1967. De hecho, este crecimiento fue tan alto que dio pie para que los estudiosos le llamasen el milagro mexicano.

El cuadro 2 muestra el PNB *per capita* promedio de cada periodo. Se observa que, a excepción de los años treinta, el incremento ha sido alto y constante aunque con variaciones, pero en este indicador se esta considerando, además, la variable población que, como se ver más adelante, crecía también a ritmos altos.

Se explicó en otro apartado que entre 1910 y 1921 hubo una baja absoluta en la población como efecto tanto del conflicto armado, como de la emigración a Estados Unidos y a Centroamérica.

No obstante, a partir de 1930 la población empezó a recuperarse a partir de varios factores: a) un descenso en la mortalidad infantil y b) un mayor control de las enfermedades infecciosas y parasitarias. La tasa bruta de natalidad bajó entre 1930 y 1970 de 27 por mil a 10.³⁷

La fecundidad, en cambio, no sólo permaneció a un nivel alto en el mismo periodo, sino que todavía se

Cuadro 3. Población total, población rural y urbana y tasa de crecimiento

Año	Pob. tot. (millones)	Tasa crec. anual (porcentaje)	Pob. rural (millones)	Pob. Urbana* (porcentaje)
1910	15.1		90	10
1921	14.3	-0.51	85	15
1930	16.5	1.71	83	17
1940	19.6	1.76	80	20
1950	25.7	2.68	72	28
1960	34.9	3.08	63	37
1970	48.2	3.40	51	49
1980	66.8	3.20	49	51
1990	81.1	2.00	43	57

*Población urbana, localidades de 15 000 habitantes y más.
Fuente: Unikel, Luis et al., 1976, y México social 1992-1993.

incrementó como reflejo de las mejores condiciones sanitarias en general, y de una mayor sobrevivencia de las mujeres durante el período fecundo. En 1930 la tasa global de fecundidad era de seis hijos por mujer y para 1970 era va de 6.7.

El resultado de la dinámica anterior fue que la población global se triplicó en sólo 40 años, al pasar de 16 a 48 millones entre 1930 y 1970. En cambio, para 1990 el crecimiento ya no fue tan vertiginoso, aunque todavía fue alto, pues aumentó en 69 por ciento con respecto a 1970.

Puede observarse que la inflexión del crecimiento de población en sentido descendente apenas se muestra con fuerza entre 1980 y 1990, probablemente como resultado de factores múltiples: mayores niveles de educación, mayor participación de la mujer en la fuerza laboral, aumento en el proceso de urbanización etcétera.

El proceso de urbanización, por otra parte, empezó a acelerarse a partir de 1940. Una clara visión de este rápido proceso se observa si consideramos que, mientras la población total se triplicó de 1930 a 1970, la población rural (de localidades de menos de 2 500 habitantes) sólo se duplicó, y la urbana (de 15 000 y más habitantes) se incrementó más de diez veces. El principal factor de este cambio fue la migración, particularmente del campo a las ciudades, aunque también en cierta medida se debió a la migración de las ciudades pequeñas y medianas a las tres grandes metrópolis. (Alba, 1993).

En síntesis, el llamado milagro mexicano consistió en que, a la par que la población crecía vertiginosamente con una fecundidad casi constante y un descenso fuerte de la mortalidad, la economía pudo absorber a toda esa población, y no sólo eso, sino que el crecimiento del PIB se mantuvo a ritmos sumamente altos. Los estudiosos coinciden en que fueron tres los pilares que sostuvieron este crecimiento: el extenso reparto agrario, la expansión de la frontera agrícola y la industrialización.

1) *El extenso reparto agrario:* entre 1915 y 1960 se repartieron 48 millones de hectáreas a 2.2 millones de campesinos, de las cuales 29 por ciento eran tierras de labor. Además, para 1960, el 43 por ciento de todas las tierras de labor estaba en manos ejidales.³⁸ El 67 por ciento del reparto tuvo lugar entre 1934 y 1950, es decir, a partir del período del presidente Cárdenas.

2) *La expansión de la frontera agrícola y la modernización de la agricultura:* las tierras con obras de riego pasaron de ser menos de 500 mil ha en 1930, a 3.5 millones en 1970 y a 5.6 millones en 1985. La mayor parte de esta expansión del riego tuvo lugar en los estados del norte. Entre 1945 y 1955, la agricultura mexicana incrementó su producción en 7.4 por ciento anual, y en 4.3 por ciento anual para la siguiente década. (Alba, op.cit., p. 88). El crecimiento agrícola después de 1940 fue realmente extraordinario y muy por arriba del de otros países latinoamericanos.

3) *El desarrollo industrial:* algunos indicadores muestran la importancia del cambio en este sector. Mientras entre 1930 y 1970 el PIB del sector primario bajaba su participación de veinte a once por ciento, el del sector secundario pasaba de 24 a 34 por ciento.

La PEA, por su parte, bajó de 70 a 39 por ciento en el sector primario en el mismo período, a la vez que en el secundario subía de 14 a 23 por ciento (Alba., op.cit., p. 89). En términos absolutos, la industrial y de servicios pasó de 1.3 millones en 1930, a 7.1 millones en 1970.

³⁸ El sistema ejidal es una forma de tenencia de la tierra que permite usufructo y heredar a la familia, pero prohíbe la venta de este patrimonio.

Si se consideran conjuntamente diversos indicadores de mejoría socioeconómica como educación, habitación, nutrición, salud y vestido, se podrá advertir que éstos mejoraron ampliamente a través de esos años.

La migración frente a los cambios (1930-1970)

No se olvide que el Contrato Bracero empezó timidamente en 1942, pero para 1964 se habla contratado ya a 4.58 millones de trabajadores. Es decir, durante 22 años estuvieron ingresando legalmente 209 mil trabajadores por año, sin contar a todos aquellos que llegaron a trabajar sin documentos.

Asombra todavía más caer en la cuenta de que este fenómeno ocurría a la par que se estaba dando el milagro mexicano, cuyos rasgos generales acabamos de reseñar.

Por otro lado, el número total de los inmigrados mexicanos a los Estados Unidos entre 1940 y 1970 fue de 814 337, es decir, 27145 personas por año, cifra realmente pequeña y poco significativa frente al volumen de la población mexicana.³⁹

En ese mismo periodo, la tasa anual de crecimiento del empleo en México fue de 3.3 por ciento, mientras que la de la población se aproximaba a 2.73 por ciento, es decir, crecía más el empleo que la población.

La fuerza de trabajo ocupada aumentó en el periodo de 1940 a 1970 en 6.9 millones de personas; o sea, durante ese lapso se incorporaron al empleo 230 mil personas por año.

Si comparamos el número anual promedio de trabajadores mexicanos que se contrataron temporalmente a través del Contrato Bracero (209 mil por año) con la cifra anterior de 230 mil anuales, encontramos que la primera equivale a 90 por ciento de la segunda. En otras palabras, desde el punto de vista laboral, el *Contrato Bracero* estaba significando casi otro tanto que lo que estaba siendo una absorción laboral consideraba muy satisfactoria, dado el positivo desarrollo de la economía mexicana. Aparte, habría que incluir al contingente de indocumentados cuyo número real ignoramos. Esto nos lleva a pensar que el número anual promedio de trabajadores mexicanos que ingresaba estacionalmente al mercado laboral estadounidense era probablemente

mayor que el volumen anual promedio que se incorporaba con plenitud a la fuerza laboral mexicana.

¿Cómo entender el buen desempeño de la economía mexicana junto con la existencia de un volumen laboral migratorio comparativamente tan alto?

En primer lugar, habría que señalar que esta información es congruente con las características de la migración de ese periodo que se conocen en México a través de estudios de caso, y que se presentaron en otras páginas. Como se afirmó antes, la experiencia migratoria-durante el Contrato Bracero fue muy generalizada entre los habitantes rurales de algunos estados de occidente y del norte del país. Se decía también que quienes mayormente iban eran campesinos de los estratos medios y, lo más importante, que para la mayoría esa experiencia era un evento único a lo largo de sus vidas, aunque hubo también muchos casos que fueron dos o tres veces (Verduzco, 1987). Además, los contratos tenían un carácter temporal, es decir, que su inserción en el mercado laboral estadounidense sólo era transitoria.

Estas características también son congruentes con la información que se ha reunido acerca del destino del dinero ganado en Estados Unidos, ya que la mayoría de quienes fueron al Norte han afirmado que lo utilizaban para gastos complementarios del hogar, tales como ampliar la casa, comprar aparatos electrodomésticos, financiar una boda, etc., pero no como ingreso único o principal para la manutención de la familia (Cornelius, 1978 and 1990; Verduzco, op.cit.).

Desde la perspectiva de lo que pasaba en México en esas épocas, se concluye, en vista de lo expresado más arriba, que las migraciones laborales a Estados Unidos tuvieron un carácter complementario no sólo en términos de los ingresos, sino especialmente en lo que se refiere al empleo, pues como se mostró en otros párrafos, la absorción laboral estaba siendo satisfactoria en México en términos generales.

Por lo que respecta a las presiones para emigrar durante ese periodo, seguramente vinieron más por el lado de la demanda laboral que por las de la oferta y sólo se explican por la posibilidad real que el *Contrato Bracero* abrió para poder ganar algún dinero extra, así como por los esfuerzos que hicieron, particularmente los cultivadores californianos para proveerse de mano

³⁹ El número de inmigrados anuales de esa época fue equivalente a 2.3 por ciento del incremento anual de la población mexicana de obra abundante, echando mano de la migración indocumentada.

de obra abundante, echando mano de la migración indocumentada.

Por lo que se refiere a la distribución del ingreso, encontramos que se iba dando una tendencia hacia una menor desigualdad de los ingresos familiares entre los años 1963, 1968, 1977 Y 1984, según se expresa a través de los índices de Gini. Estos fueron: 0.61, 0.59, 0.52 Y 0.43, respectivamente (Cortés y Rubalcava 1994).

Cambios económicos y patrones migratorios entre 1970-1990

Cambios económicos

Hay coincidencia entre los estudiosos en cuanto a que la economía mexicana empezó a desacelerar su paso hacia mediados de los años setenta. Luego, sin duda alguna, el cambio se marcó claramente ya en 1982, a partir de una baja en los precios internacionales del petróleo. Más tarde, en 1994 se desató una aguda crisis económica de la que todavía el país no puede salir.

Los cambios en el PIB son indicativos de la gravedad de la situación, como se aprecia en el cuadro 4.

Cuadro 4. Producto Interno Bruto, 1980-1990 (a pesos de 1960)

Período	PIB
1980	8.3
1981	8.8
1982	-0.6
1983	-4.2
1984	3.6
1985	2.5
1986	-3.7
1987	1.6
1988	1.4
1989	2.9
1990	3.9

Fuente: Appendi, Ko, 1992.

El cuadro 4 muestra cómo la tasa de crecimiento del PIB varió a través de la década desde un muy alto 8.8, hasta -3.7 y, finalmente, aunque iba a la alza a partir de 1987, apenas recuperó el nivel de 1984 en el último año señalado.

Por otro lado, la deuda financiera del sector público (como porcentaje del PIB), pasó de 7.5 por ciento en 1980, al 16 en 1986, para lograr bajar finalmente 3.5 por ciento en 1990.

La paridad peso/dólar pasó de 23 pesos por dólar en 1980, a 2 838 pesos por dólar en 1990.

La balanza comercial que empezaba a ser positiva para México como efecto, principalmente de la aguda devaluación del peso, pasó de 8 433 millones de dólares en 1987, a -3 025 millones de dólares en 1990 como resultado de la apertura de la economía al exterior.

Los dos gobiernos de los años ochenta (De la Madrid y Salinas), tuvieron que tomar medidas extremas cuyos efectos han sido devastadores para los ingresos de la población. Una de ellas ha sido el control de precios y de salarios; otra, el adelgazamiento del estado, y por último, un mayor control fiscal.

Por otra parte, siguiendo una estrategia a largo plazo, se realizó la apertura de la economía con el ingreso de México al GAAAT, y luego con la firma del TLC con Canadá y Estados Unidos.

Para adelgazar el estado, además de reducir el gasto en 1990, se privatizaron 21 industrias estatales de un total de 1155. Esta estrategia ha implicado una reducción del circulante, así como despidos de grandes contingentes de trabajadores.

A fin de bajar la inflación, se controlaron precios y salarios cuyo efecto buscado ha sido también el de la reducción del circulante, aunque, asimismo, ha implicado una parálisis de la demanda, que ha repercutido sobre la dinámica económica global.

Los efectos de estos cambios se perciben a través de diversos indicadores, algunos de los cuales se expondrán a continuación.

Entre 1970 y 1981 se establecieron 8.7 millones de empleos, es decir, 790 000 por año; en cambio, para 1991 sólo se habla ampliado la planta de empleo en 1.5 millones más, lo que significa 150 000 por año, o una tasa de crecimiento anual de 0.7 por ciento, es decir, siete veces menos que entre 1970 y 1981 Y muy por abajo del crecimiento de la población.⁴⁰

⁴⁰ De todas maneras hay que notar que la ampliación del empleo entre 1970 y 1980 abarcó también el empleo marginal en servicios cuya productividad es muy baja (Trejo 1988).

La tasa de dependencia, por su parte (población total/población empleada), bajó a 3.30 en 1980, y subió a 3.60 en 1990.

La llamada Canasta Normativa de Satisfactores Esenciales (CNSE) es el conjunto de elementos básicos para que una familia de tamaño promedio pueda vivir con los requisitos mínimos, y se calcula el número de perceptores necesarios para poder obtenerla, tomando en cuenta la capacidad adquisitiva real de los salarios. Entre 1963 y 1982, el número de perceptores de ingreso mínimo legal necesarios para obtener la CNSE se redujo de 3.4 a 1.6. Para 1993, un salario mínimo sólo cubría 18 por ciento del costo de la CNSE, lo que significa que se requerían 5.4 perceptores para adquirirla, situación que, de alguna manera, nos indica la necesidad de intensificación laboral que han tenido que hacer las familias, particularmente las más pobres.

Por otra parte, los cálculos en cuanto a los cambios en la desigualdad del ingreso indican que ésta se amplió entre 1984 y 1989 en diez por ciento, ya que el índice de Gini pasó de 0.43 a 0.47. Para aquilatar este cambio es preciso mencionar que en las dos décadas previas a 1984 su disminución fue cercana a 20 por ciento (Cortés y Rubalcava, 1994).

Los datos anteriores nos dan una idea, aunque somera, de la naturaleza de la crisis económica de los años ochenta. Puede observarse que se ha tratado de una crisis aguda y generalizada, aunque sabemos también que sus efectos no han sido parejos, sino heterogéneos según regiones del país, sectores económicos y grupos sociales. De todas maneras, el cambio de naturaleza que tuvo el fenómeno migratorio a partir de dicha crisis, expresado en un mayor volumen del flujo y en la tendencia a aumentar la permanencia en los Estados Unidos, nos llevan a pensar que, efectivamente, ha tenido que ver en estas variaciones. Además, en las comunidades de origen se ha reportado que ahora las remesas que envían los migrantes se usan más que antes para la subsistencia familiar debido, precisamente, a la crisis (Cornelius, op. cit.).

En cuanto a la tendencia del flujo migratorio a hacerse más permanente, se mencionó más arriba que

el incremento del empleo en México durante 1981-91 fue de sólo 1.5 millones, contrastando con la década previa en que habla sido de 8.7 millones. Es decir, hubo un déficit de 7.2 millones sin contar además el déficit por el aumento de la población. Por otra parte, los cálculos en Estados Unidos, a partir del censo, nos dejan ver que el aumento de la población residente nacida en México fue, entre 1980 y 1990, de 1.7 millones (pasó de 2.6 a 4.3 millones García y Griego, 1989; Passel y Woodrow op. cit.).

Estas cifras, en las circunstancias de la crisis nos llevan a pensar que el aumento en la Unión Americana de la población residente nacida en México, equivale a 24 por ciento del déficit bruto del empleo para la década, según los cálculos gruesos expuestos antes. En otras palabras, de toda la población que no pudo ingresar a la fuerza de trabajo en México entre 1981-91, el 24 por ciento se fue al país vecino.⁴¹

A continuación, se expondrán otros cambios importantes que tuvieron lugar durante la década anterior.

- 1) El proceso de urbanización mostró una orientación distinta a la de las tendencias que habían prevalecido en periodos anteriores, pues, si bien continuó el patrón de dominancia de las tres grandes metrópolis, el número de ciudades mayores a los 500 000 habitantes se amplió a doce en diversas regiones del país. Por otra parte, el número de localidades de más de 100 000 habitantes y menores al medio millón, pasó de 52 a 90. o sea, casi al doble.

Esta nueva tendencia en la distribución de la población en el país ha implicado no sólo que las migraciones internas hayan tomado otro derrotero, sino, además, que ha decrecido la importancia de las tres grandes metrópolis como destino de la migración interna.

En el largo plazo, esta nueva, aunque apenas incipiente, conformación urbana es una condición necesaria para ulteriores desarrollos regionales, la cual seguramente tendrá repercusiones en las migraciones internacionales en cuanto a que servir para reorientar parcialmente los flujos migratorios

⁴¹ Este cálculo es todavía muy preliminar ya que no todos los nuevos residentes en EUA son trabajadores, sin embargo sirve para darnos una idea inicial para posteriores pesquisas.

desde el campo que, en otras circunstancias se dirigirían a las grandes ciudades y a los Estados Unidos.⁴²

- 2) La zona fronteriza con el vecino país del norte ha cobrado mayor importancia no sólo económica, sino demográficamente. Por un lado, la industria maquiladora ha tenido un claro y decidido desarrollo, especialmente durante la pasada década, expansión que ha servido, a su vez, para atraer población y acrecentar su importancia demográfica sobre todo en las ciudades fronterizas.

Esto último ha tenido un efecto doble por lo que respecta a las migraciones a Estados Unidos: por una parte, el hecho de que haya mayor población a lo largo de la frontera ha servido para aumentar el volumen de los commuters, trabajadores de entrada y salida que legal e ilegalmente van todos los días a trabajar a las ciudades vecinas, e igualmente aumenta el volumen de la población potencial que por la cercanía podría pasar al otro lado. Pero, por otra parte, la mayor importancia económica y demográfica de las ciudades fronterizas actúa también como un colchón que sirve para detener a migrantes que iban a Estados Unidos, pero que, ante las oportunidades fronterizas, deciden quedarse en México. Esta es una circunstancia que actúa en los dos sentidos sin que sepamos todavía cuál de los dos prevalezca.

- 3) Por lo que se refiere a la migración mexicana a la Unión Americana, dentro del contexto de la crisis económica de México, resulta importante mencionar lo que globalmente significa la contribución de los migrantes a la economía del país por la vía de las remesas. En términos monetarios se ha estimado una cantidad variable entre los 2 500 y los 3 000 millones de dólares por año, cantidad nada insignificante y muy similar a la que se recibe en el México por la vía del turismo (García y Griego y Giner, 1984).
- 4) En contextos regionales, como por ejemplo en el caso de Zacatecas (que es uno de los estados de mayor

migración a los Estados Unidos), las remesas implican una cantidad mayor a la que se recibe como contribución del gobierno federal (Padilla, 1993).

los patrones migratorios: una interpretación

Como se ha podido observar a lo largo del trabajo, no sería posible entender la particularidad del fenómeno migratorio entre México y Estados Unidos sin examinar las características de la evolución histórica de la manera en que tal interacción se ha presentado, ya que tanto la vecindad entre los dos países, como las diferencias en cuanto al grado de desarrollo, han sido elementos cruciales para amalgamar una estrecha relación laboral al paso de los años.

Por ello, han sido dos los ejes del análisis; uno, a partir de los cambios en las políticas migratorias del país huésped, en este caso, los Estados Unidos, y otro, basado en información sobre las características del desarrollo económico y sociodemográfico mexicano. Se trata de dos grupos de variables que, por sus características, nos permiten analizar precisamente aquellos factores que inhiben o promueven los flujos migratorios.

Como se ha visto, una característica que define y diferencia la migración mexicana a los Estados Unidos de experiencias semejantes en otros países es que los mexicanos que van al país vecino del norte se definen más claramente como trabajadores temporales que como migrantes, es decir, como personas cuya intención primordial es la de trabajar y no la de permanecer en el país, situación que, por lo común, no puede aplicarse al caso de otras nacionalidades que han incursionado en territorio estadounidense (Bean, Edmonston y Passel, 1990:15-16).

Una consecuencia de esta realidad ha sido la ambigüedad de las acciones de política migratoria ejercida por EUA a lo largo del siglo, en particular para el caso mexicano. Dicha actitud se finca precisamente en el entendimiento de que estos flujos migratorios han tenido una funcionalidad específicamente laboral, es decir, apegada a las fluctuaciones de la oferta y la demanda de trabajo, aunque, por otro lado, se expresen leyes y reglas que no van en consonancia con la dinámica anterior (Papademetriou, 1991).

⁴² En un estudio realizado en la región de Zamora, Michoacán (que es zona de migración intensa al norte) se muestra cómo el desarrollo regional a partir de la ciudad, ha servido para canalizar migración a esa ciudad y disminuir las migraciones a Estados Unidos (Verduzco, 1990).

Se ha tratado de mostrar, asimismo, cómo ya experiencia migratoria previa a los años setenta tuvo características y alcances muy distintos a los de la época posterior debido a un conjunto de circunstancias. En primer término, la migración laboral propiamente masiva sólo empezó a tener lugar a partir del Contrato Bracero, en una época en que en México el PIB crecía aproximadamente seis por ciento al año, y cuando el Producto Interno Bruto *per capita* fue subiendo de 2 114 pesos a 4 336 pesos, es decir, 105 por ciento. En otras palabras, a pesar de que la tasa de crecimiento de la población era muy alta, como efecto de una combinación de alta fecundidad y baja mortalidad, el PIB *per capita* pudo duplicarse.

Paralelamente a estos avances, la población urbana, como efecto de las migraciones internas, pasó de 20 al 49 por ciento en esos mismos años y la absorción laboral se mantuvo por arriba del crecimiento de la población (empleo: 3.3%; población: 2.73%).

No debe olvidarse que durante el mismo periodo se logró consolidar una muy misma y profunda reforma agraria junto con la ampliación de las tierras de riego de 0.45 a 3.5 millones de hectáreas.

Por otro lado, aunque la desigualdad económica era alta, los datos para la época inmediata posterior a la terminación del Contrato Bracero indican que la brecha iba acortándose, ya que entre 1963 y 1984 los índices de Gini pasaron de 0.61 a 0.43.

Recuérdese también que durante la vigencia del Contrato Bracero (1942-64) se dieron 4.5 millones de contratos (209 000 por año), 43 mientras que sólo se hicieron residentes en Estados Unidos 27 145 mexicanos por año, datos que reafirman la naturaleza de los flujos de esos años más como temporales que como definitivos.

La información anterior nos lleva a concluir que, ante la presencia de un amplio y profundo proceso de desarrollo económico y social en México, las migraciones de esos años a los Estados Unidos se daban precisamente como respuesta a una demanda laboral proveniente fundamentalmente del dinámico sector agrícola norteamericano (sobre todo del estado de California).

En el sentido anterior, las presiones para emigrar han provenido en mayor medida del país huésped que del país de origen pues no se olvide que la afluencia abundante y continua de una mano de obra barata y temporal ha sido estratégica para la expansión y el desarrollo, en especial, de la agricultura californiana.

Por otro lado, esta interpretación también es congruente con la información acerca del perfil promedio del trabajador migrante mexicano (que era fundamentalmente campesino de los sectores medios), como con la del destino y uso de las remesas monetarias, las cuales se orientaron a complementar ingresos como una estrategia para conseguir también un mejor nivel social en las comunidades de origen de los migrantes y no como la fuente de ingresos para la sobre vivencia familiar.

Por ello, en todo caso, las presiones para emigrar desde México podrían entenderse mejor a partir de las fuertes desigualdades en los niveles de desarrollo entre ambos países. Si bien durante esos años se dieron en México avances sin igual en los terrenos económico y social, las migraciones tuvieron lugar, aunque éstas fueron fundamentalmente de carácter temporal, y ejercieron también una funcionalidad laboral y económica entre el sector de la población mexicana que participó en esas experiencias.⁴³

Sin embargo, como se observó en las páginas anteriores, fue a partir de la profunda crisis económica de 1982 cuando se dieron algunos cambios importantes en el patrón migratorio mexicano que habla prevalecido hasta entonces.

A pesar de que para la década de 1980-90 se logró bajar el ritmo de crecimiento de la población de 3.2 por ciento anual a dos por ciento, la población urbana siguió aumentando (pasó del 51 al 57% de la población total), junto con el inicio de un nuevo patrón urbano más equilibrado.

El PIB llegó a bajar de 8.3 en 1980, a -3.7 en 1986: el empleo descendió también de 790 mil personas por año en la década 1970-80, a sólo 150 mil por año entre 1980 y 90, y los salarios reales bajaron a los niveles que se habían alcanzado en 1971.

⁴³ Este número se refiere a contratos y no personas ya que una misma persona se podía contratar varias veces en años diversos. Sin embargo, aparte tendríamos que contabilizar a un número incierto pero creciente de indocumentados, quienes empezaron a cruzar la frontera a instancias de los granjeros americanos, a fin de mantener bajos los salarios y debilitar las huelgas.

⁴⁴ Seguramente si no hubiera habido demanda laboral durante esos años por parte de los Estados Unidos, no se habrían dado migraciones o hubieran sido mínimas porque en México estaba teniendo lugar el llamado milagro mexicano. Por ello esas migraciones sólo son explicables por haber demanda y por venir ésta de un país con un nivel de desarrollo mucho más alto y contrastado.

Estas situaciones obligaron a la población a una gran intensificación laboral basada en estrategias familiares diversas, haciendo uso sobre todo del empleo informal en las ciudades mexicanas y combinando trabajos agrícolas con empleo urbano y complementando también trabajos diversos en México con trabajos temporales en los Estados Unidos.

Los flujos de migración mexicana a la Unión Americana cambiaron en algunas de sus características: aumentó enormemente el volumen de los migrantes con relación a décadas anteriores; se amplió la participación femenina, aunque siguió prevaleciendo la masculina; se dio una mayor diversificación de los lugares de origen de los migrantes; se integraron más migrantes con orígenes urbanos aunque siguieron predominando los de procedencia rural, y se incrementó el número de mexicanos residentes en Estados Unidos.

Entre 1980 y 1990 la población residente en EUA nacida en México aumentó en 1.7 millones o el equivalente de 170 mil por año, es decir, 13 por ciento más que lo que fue el aumento real del empleo formal en México durante la misma década. Expresado de otra forma, el aumento de residentes mexicanos en Estados Unidos durante ese período podría ser equivalente a 24 por ciento del déficit bruto del empleo en México para la década; es decir, los Estados Unidos habrían absorbido esa proporción de nuestro déficit laboral durante los años de la crisis económica mexicana.⁴⁵

Las cifras anteriores nos dan una idea de lo que significó laboral mente la válvula de escape que México tuvo a través de la migración a los Estados Unidos, aunque a los números anteriores todavía tendríamos que añadirles el enorme volumen de trabajadores temporales indocumentados que cruzaron una o varias veces la frontera hacia el país vecino para luego regresar a México.⁴⁶

Recuérdese también que entre 1940 y 1970⁴⁷ el número de inmigrados mexicanos fue de 27000 por año, es decir, apenas 16 por ciento del total de quienes se hicieron residentes mexicanos para la última década, y los inmigrados entre 1971- 80 constituyeron un 38 por ciento.

Por ello, desde el punto de vista del fenómeno migratorio, los datos anteriores pueden ser tomados como una evaluación de los efectos demográficos negativos que ha traído la crisis económica a partir de su detonación en 1982, debido, sobre todo, al enorme peso de la deuda externa que obligó a realizar ajustes económicos drásticos antes que declarar la moratoria.⁴⁷

Por esta razón, los países desarrollados, que son los acreedores financieros deberían de considerar a partir de una visión de costo-beneficio las implicaciones que puede tener el endeudamiento y su pago, particularmente en el caso de países expulsores de población.

Como se ha visto, las migraciones mexicanas a los Estados Unidos se habían mantenido dentro de límites relativamente manejables a lo largo de este siglo, hasta que la crisis económica empujó a muchos más mexicanos a buscar una salida a través de la migración en flujos migratorios de diverso tipo.

No obstante, la movimientos de población circunscrita solamente a demográfica, aunque se las primeras han tenido mucha mayor influencia que las segundas.

Es claro que el largo e intermitente proceso de interacción oferta-demanda laboral que ha existido a lo largo del siglo entre los dos países, debido a la vecindad y cercanía, explica la mayor intensidad de los flujos de entrada y de salida de la población trabajadora, intensidad que se acrecienta o atenúa particular-

⁴⁵ Obviamente, se trata de un cálculo todavía muy inicial porque no todos los residentes mexicanos están en edad de trabajar, pero sirve para darnos una primera idea sobre los posibles alcances del fenómeno.

⁴⁶ Entre 1981 y 1990 fueron apresados en los diversos puntos fronterizos 1.18 millones de personas en promedio por año. Desde luego, no todos los aprehendidos fueron mexicanos, pero como ilustración podemos tomar las cifras de los años 1987-1992 para los que existe el dato de que 95.8 por ciento de los capturados eran mexicanos. Si ese fuera el caso para toda la década, tendríamos que aproximadamente habrían sido capturados 11.3 millones de mexicanos durante los diez años. Sabemos, por otro lado que las cifras de capturas dependen de varios factores, si es que nuestra intención fuera la de calcular el flujo de indocumentados pero al menos sirve para dar nos una idea de un volumen global de intentos fallidos para cruzar la frontera. Las aprehensiones entre 196, -70 constituyeron apenas 13 por ciento de las de la última década, y las de 1971-80, 70 por ciento (1992 Statistical Yearbook of the INS).

⁴⁷ Según los datos que conocemos de los mexicanos legalizados a partir de la ley IRCA, las características socioeconómicas de éstos nos llevan a pensar que su nueva residencia en los Estados Unidos ha sido una pérdida para México ya que en general se trata de personas en edad productiva con niveles educativos mejores que el promedio en México; habría que ver si la adquisición de esta nueva población es benéfica o no para el país vecino.

mente en periodos de crisis económica o política, ya sea en México o en Estados Unidos.

Desde el punto de vista de lo que ha estado pasando en México, especialmente durante los años ochenta, es obvio también que, en una situación de crisis económica, ante la baja de ingresos, y la falta de empleos mejor remunerados, la migración internacional resulta un recurso todavía más valioso que en condiciones normales, recurso que se ha utilizado más en aquellos contextos regionales donde, a lo largo de los años, se ha dado una selectividad de los lugares de origen a través de la migración internacional.

En otras palabras, desde el lado de la oferta, ni la crisis económica ni la pobreza por sí solas explican este tipo de movimientos, ya que la *mayor* parte de los flujos no proceden de las regiones más pobres del país, ni de las zonas más flageladas por la crisis.⁴⁸

Debido a que la intensidad de esta interacción ha tenido lugar a partir de zonas y comunidades específicas de México, se ha dado lugar a una selectividad histórica, lo cual explica que, cuando hay crisis económica en Estados Unidos, sus efectos se transfieren a los flujos migratorios de esos lugares y no a otros donde las experiencias de migración han sido menores o inexistentes.⁴⁹

El concepto de selectividad histórica nos permite entender que algunas zonas muy específicas del país han continuado siendo semilleros de migrantes a través del tiempo, mientras no llegan a estar expuestas a situaciones de agudo cambio socioeconómico que favorece o refuerza la fundamentación económica del contexto regional al que pertenecen esas comunidades. Es sólo en esas circunstancias que la intensidad de los flujos se hace menor (Verduzco, 1992).

La selectividad histórica implica, además de una especificidad geográfica, un proceso de estructuración no sólo individual, sino comunitario, a partir de características determinadas de la organización social de una

comunidad, en función de condiciones relativamente permanentes del entorno económico en que esta localizada, en particular en lo que se refiere a las condiciones de oferta-demanda laboral. Son estas propiedades las que explican la continuidad de un proceso.

Desde luego que esta visión implica que la relación entre los dos países, a través de las migraciones laborales, tiene características particulares y distintas de lo que han sido las experiencias de otros países con Estados Unidos. Para este, la migración laboral mexicana ha sido no sólo necesaria, sino estratégica, para el buen desarrollo y la competitividad, particularmente de algunos sectores de su economía, entre los que sobresale la agricultura de percederos, donde ha sido y es el líder a escala mundial, tanto por los volúmenes de producción, como por los altos niveles de productividad, con base, en parte, en el uso de una mano de obra abundante, barata y temporal. Son precisamente estas circunstancias las que explican la ambigüedad del gobierno norteamericano frente a las prácticas migratorias con México.

Para nuestro país, por otra parte, la cercanía con Estados Unidos ha sido una alternativa versátil y polivalente en cuanto a que: a) económicamente le ha permitido obtener con regularidad recursos monetarios relativamente cuantiosos; y b) ha sido, además, una válvula de escape laboral tanto a través de la migración temporal, como de la permanente, y esta alternativa se ha usado a discreción a lo largo del siglo.

Sin embargo, es muy claro también que a través de los años Estados Unidos ha ejercido el control de los flujos migratorios mexicanos, aunque ello no significa que esas medidas hayan sido efectivas plenamente, ni a todos los niveles, pero en los momentos cruciales el país vecino ha ejercido el control sobre la decisión de la entrada y de la salida de los mexicanos.⁵⁰

⁴⁸ A pesar de que, como se mencionó antes, se han dado algunos cambios en la composición de los flujos migratorios, siguen persistiendo, en general, las mismas zonas de origen de los migrantes que se han reportado durante los últimos 70 años. Son también, relativamente, pocos los migrantes de los estados más pobres como Chiapas, Veracruz, Guerrero o Oaxaca: en cambio, ha aumentado la emigración de estados en expansión económica como Baja California.

⁴⁹ Las variables económicas o demográficas observadas a nivel macro pueden no siempre mostrar asociación con fenómenos como el de la migración internacional o, si se muestra, puede llegar a captarse de una manera general. La razón es que pueden existir circunstancias múltiples que nos impiden captar el alcance de la asociación, como, por ejemplo, la características del fenómeno migratorio, su dispersión en el territorio, la heterogeneidad sectorial de una crisis económica o política, etc. Por ejemplo, en el caso de México, sabemos que el volumen de la migración aumentó y conocemos también algunas características nuevas del fenómeno,

⁵⁰ El mejor ejemplo han sido las expulsiones forzadas en 1932 y en 1964.

Aunque para 1995 la estrategia de crecimiento económico de México no se ha perfilado todavía con éxito, se supone que la firma del Tratado de Libre Comercio con Canadá y los Estados Unidos es una alternativa que, de ser efectiva, traería entre sus efectos en el largo plazo, una reducción de la migración al vecino país del norte, aunque, como contraparte, implicaría también la inmigración de centroamericanos a nuestro país.

Queda pendiente por ahora determinar si esa estrategia llegar o no a funcionar de acuerdo a las expectativas. Por lo pronto, no debe olvidarse que mientras no se abran otras alternativas laborales para la población agrícola, sería incongruente que México se abriera paulatinamente (según está previsto en el TLC), a la importación de granos norteamericanos, pues ello ampliaría todavía más la situación de desempleo que ya existe en el campo mexicano y tendría también repercusiones en el aumento del volumen de la migración laboral a los Estados Unidos

No cabe duda que uno de los más graves problemas de México para reiniciar una situación de crecimiento económico similar al que tuvo lugar en otras épocas, es el de la deuda externa. En este punto com-

partimos la suerte con la de otros muchos países del eufemísticamente llamado sur del planeta que envían migrantes al opulento norte.

México fue presionado fuertemente para pagar sus deudas durante los años ochenta lo que, como sabemos, repercutió negativamente en las posibilidades de crecimiento económico en los años siguientes. Una consecuencia de esta situación ha sido la del incremento de las migraciones a los Estados Unidos. Por ello, debería evaluarse, desde un punto de vista del costo beneficio, si la decisión tomada ha sido o no la mejor para los dos países, ya que, por un lado, México ha perdido a un número relativamente importante de personas activas laboral mente que tienen todavía muchos años de trabajo por delante, y por otro, Estados Unidos han sentido mayores presiones migratorias.

Dadas las características del proceso migratorio, la estrategia económica que podría reducir mejor los flujos migratorios a Estados Unidos sería aquella orientada a la ampliación del empleo precisamente en aquellas ciudades que son centrales en las zonas de selectividad histórica, según se señaló en alguna sección de este trabajo.

Bibliografía

- ALBA, Francisco, «Crecimiento demográfico y transformación económica: 1930-1970» en *El Poblamiento de México*, vol. IV, Secretaría de Gobernación, CONAPO, México, 1993.
- BEAN, Frank D., Barry Edmonston y Jeffrey S. Passel, (eds.), *Undocumented migration to the United States. IRCA and the experience of the 1980's*, Rand Corporation, Santa Monica, California, The Urban Institute, Washington D. C., 1990.
- BUSTAMANTE, Jorge A., «Emigración indocumentada a los Estados Unidos» en *Indocumentados, mitos y realidades*, Blanca Torres (comp.), El Colegio de México, México, 1979, pp.23-60.
- CARDOSO, Lawrence A., *Mexican Emigration to the United States, 1897-1931*, SRE, México, 1974.
- CORNELIUS, Wayne A., *labor migration to the United States: development outcomes and alternatives in mexican sending communities*. Reporte final, Commission for the Study of International Migration and Cooperative Economic Development, 1990.
- , «Mexican migration to the United States: causes, consequences, and U.S. responses», Center for International Studies. Massachusetts Institute of Technology Cambridge Massachusetts. 1978. (mimeo).
- CORONA, Rodolfo, "Cambios en la migración de indocumentados de México-Estados Unidos en los últimos años" en *La migración laboral de mexicanos a Estados Unidos de América: una perspectiva bilateral desde México* SRE México 1994 p.109.
- CORTÉS, Fernando y R. M. Rubalcava, *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento*, El Colegio de México. 1994.
- DINERMAN, Ina R., *Migrants and stay at homes: a comparative study of rural migration from Michoacán, México*, Monografías sobre Estados Unidos-Estudios Mexicanos, núm. 5, La Jolla, California: Programa de Estudios México-Norteamericanos. Universidad de California. San Diego. 1982.
- FISHER, Lloyd Ho, *The harvest labor market*, Harvard University Press, Cambridge, 1953.
- FLX, Michael y Jeffrey, S. Passel, *Immigration and Immigrants, Setting the Record Straight*, The Urban Institute, Washington D.C., 1994.
- GALARZA Ernesto, *Merchants of labor: the mexican bracero story*, McNally and Loftin, Santa Barbara, California. 1964.
- GAMIO, Manuel, *Mexican immigration to the United States: a study of human migration and adjustment*, University of Chicago Press. Chicago. Illinois. 1930.
- GARCÍA y GRIEGO, Manuel, "The importation of mexican contract laborers to the United States, 1942-1964: antecedents, operation and legacy" en *The border that joins: mexican migrants and U.S. responsibility*, Peter G. Brown y Henry Sue. (comps.). Rowman and Littlefield, Totowa. New Jersey. 1983. pp. 9-98.
- y F. Giner de los Ríos, «¿Es vulnerable la economía mexicana a la aplicación de políticas migratorias estado-

- y Veree, Mónica, México y Estados Unidos frente a la migración de indocumentados, Coordinación de Humanidades, UNAM, Miguel Ángel Porrúa, México, 1988.
- GRISWOLD del Castillo, Richard, *Los Angeles Barrio, 1850-1890*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, Londres, 1979.
- HOFFMAN, Abraham, *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression: Repatriation Pressures 1929-39*, University of Arizona Press, Tucson, 1974.
- JONES, Richard C., «Undocumented Migration from Mexico: Some Geographical Questions» en *Annals Association of American Geographers*, 72: 77-87, 1982.
- KEELY, Charles B. «The Failure of United States Immigration Policy» en *America's New Immigration Law: Origins, Rationales, and Potential Consequences*, Cornelius Wayne A. y Ricardo Anzaldúa Montoya, (comps.), Center for U.S. La Jolla, California, 1983, pp. 33-41.
- MASSEY, Douglas S. et al., *Los Ausentes*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial, México, 1991.
- MINES, Richard, *Developing a Community Tradition of Migration: A Field Study in Rural Zacatecas, Mexico and California Settlements Areas*, Monografías de Estudios México-Norteamericanos, núm. 3, La Jolla, California, Programa de Estudios México-Norteamericanos, Universidad de California, San Diego, 1981.
- ORDORICA, Manuel y J. L. Lezama, «Consecuencias Demográficas de la Revolución Mexicana» en *El Poblamiento de México*, vol. IV, Secretaría de Gobernación, CONAPO, México, 1993.
- PASSEL, Jeffrey S. y Karen A. Woodrow, «Geographic Distribution of Undocumented Immigrants: Estimates of Undocumented Aliens Counted in the 1980 Census by State» en *International Migration Review*, vol. 18, núm. 3, otoño de 1984, pp. 642-671.
- REICHERT, Joshua S. y Douglas S. Massey, «Patterns of Migration from a Mexican Sending Community: A Comparison of Legal and Illegal Migrants» en *International Migration Review*, vol. 13, 1979, pp. 599-623.
- REISLER, Mark, *By the Sweat of Their Brow: Mexican Immigrant Labor in the United States, 1900-1940*, Westport, Greenwood Press, 1980.
- TAMAYO, Jesús y Fernando Lozano, «The Economic and Social Development of High Emigration Areas in the State of Zacatecas: Antecedents and Policy Alternatives» en *Unauthorized Migration: Addressing the Root Causes*, Commission for the Study of International Migration and Cooperative Economic Development (1987-1990), 1991.
- TAYLOR, Paul S., «Mexican Labor in the United States: Chicago and the Calumet Region» en Carl C. Plehn et al., (comps.), *University of California Publications in Economics* 7 (2), Berkeley: University of California Press, 1932, pp. 25-284.
- U.S. INS IMMIGRATION AND NATURALIZATION SERVICE, 1992 *Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service*.
- VERDUZCO, Gustavo, «La Migración Urbana a Estados Unidos: un caso del Occidente de México» en *Estudios Sociológicos*, núm. 22, El Colegio de México, México, enero-abril de 1990.